

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 118
Octubre - Diciembre 1999

IDEAS ACERCA DE LA ETICA DE LA MODERNIDAD*

Carlos Fernández-Rocha**

1.- ¿En qué ha cambiado la moral social en los últimos decenios y qué es lo que está motorizando estos cambios? La respuesta a estas dos interrogantes puede ser múltiple, compleja y terriblemente oscura; la sola enumeración y descripción de lo que ha cambiado resultaría tan extenso que desborda los límites de lo que pudiese completarse en un simple ensayo o en una conferencia, como es el caso. Lo que sí resulta evidente, sin entrar a examinar el alcance y significado de estos cambios, es que hay nuevas formas de vivir y, con ellas, nuevas formas de valorar esas nuevas formas de vida.

Y esto ¿por qué nos extraña? ¿Por qué nos alarma? ¿No es lógico y natural que la vida cambie? ¿No es lógico suponer que los valores que dan sustentación ideológica, razón de ser y sentido a la vida evolucionen, se transformen y cambien? ¿En qué mundo hemos estado viviendo en el que los cambios y las transformaciones no son la norma de la existencia? ¿Qué valores hieráticos, aparentemente eternos y ajenos a los cambios se han visto de pronto cuestionados, sustituidos o reformulados?

* Conferencia pronunciada en "Casa de Arte" de Santiago de los Caballeros en mayo de 1999.

** Profesor del Departamento de Humanidades de la PUCMM. Presidente actual y fundador de "Casa de Arte". Autor de *Cuentos y Poesías de Hispanoamérica*; *Lecturas Dominicanas*; *Ocho miradas sobre América Latina*.

Parece ser que lo que ha producido esta angustia generacional, esta sensación colectiva de que estamos en crisis es más bien la velocidad con la que están ocurriendo estas transformaciones. Tal como predijo aquel futurólogo canadiense Alvin Toffler en *El Shock del Futuro*, parece que tendremos que prepararnos conscientemente para ver transformarse nuestra cultura varias veces a lo largo de cincuenta o menos años. En nuestro caso quizás en forma más aguda que en otras culturas, pues en pocos años hemos pasado:

- a) Del campo a la ciudad; es decir, de la sociedad rural, agrícola o ganadera, a la sociedad urbana, industrial o de servicios.
- b) De una sociedad tradicional, patriarcal y, sobre todo, relativamente homogénea, a una sociedad moderna, "sin padre", igualitaria y plural.
- c) De las dictaduras a las democracias; es decir de las sociedades conformadas políticamente por un orden tradicional basado en un principio centralizado de autoridad a un orden —o desorden— pactado desde un principio de libertad e igualdad o, en el peor de los casos, otorgado, administrado o detentado por las oligarquías de casi mítica insaciabilidad.
- d) De una Iglesia Católica preconiliar, monolítica y moralizante en clave de miedo a una Iglesia Católica postconiliar, esponjada, animada a entablar un diálogo constructivo y una cooperación leal con el mundo y, últimamente, a una Iglesia Católica cansada del desconcierto y la confusión, un tanto desplazada por el pluralismo religioso reinante, que se repliega defensivamente sobre sí misma.
- e) De una sociedad más o menos estática de los años cuarenta o cincuenta a una sociedad en continua expansión y reconvertida en una nueva sociedad a través de grandes costos de desigualdades y marginaciones.

Más ahora que nos está amenazando la certidumbre de la globalización que se traduce en una internacionalización de cier-

tos procesos culturales que amenaza una de las libertades más fundamentales del hombre: la libertad de definir nuestras propias necesidades. La presión que ejerce la llamada "cultura popular global" es tan poderosa, que en algunos casos llega a aceptarse sino con alegría y beneplácito, al menos con la confianza de que se ha dado un estimable paso de avance. El peligro está en que en este proceso se estrangulan otros gustos e intereses, otros valores que se estiman como auténticos. Esa es la razón de las llamadas "culturas de la resistencia"; es decir, grupos sociales, líderes o pueblos enteros que recurren a la defensa y conservación de la cultura propia tradicional como único modo de auto-definirse y de mantener la identidad. De hecho, para los más pobres, los valores propios es lo único que pueden afirmar.

Algunos culturólogos han llamado a este movimiento, una "vuelta al tribalismo" —o "las nuevas tribus urbanas"—, que en términos generales se puede afirmar como una reacción contra los efectos alienadores de las tecnologías modernas en gran escala y, sobre todo, contra la desigual distribución de los beneficios de la industrialización. Hay una creciente preocupación de que el desarrollo significa la pérdida de la identidad, del sentido de comunidad, del valor personal: la anonimidad. Todos quieren, todos queremos, disfrutar del festín de la modernidad pero sin renunciar a las tradiciones más fundantes.

¿Nos hemos apartado del plano moral que estábamos planteando al comienzo? Todo lo contrario. La ética es uno de los sistemas de valores que más está cambiando, que está recibiendo más presiones. Algunas de ellas, razonables; así por ejemplo, han cambiado muchos focos temáticos al surgir nuevos problemas: trasplantes de órganos, fecundación artificial, clonación, drogadicción, SIDA, etc... y cambian también nuestros conocimientos del ser humano en el campo psicológico, fisiológico, social, antropológico, etc...

Cambian las valoraciones: damos más valor a lo que antes tenía muy poco y por el contrario, damos menos a otras a las que antes dábamos más. Por sólo poner un ejemplo en este campo lleno aún de hostilidad, resulta evidente que la valoración del género ha cambiado en forma definitiva después del proceso de to-

ma de conciencia motorizado por el feminismo. Consecuentemente, han cambiado y están cambiando las normas y hasta los mismos principios por los que se rigen las personas o a los que apelan a la hora de valorar las formas de vivir o de actuar.

En forma central, han cambiado y siguen cambiando los valores absolutos y relativos que se ha dado a la autoridad, a la igualdad, a la libertad, al cuerpo humano, al erotismo, a la salud y a la enfermedad, al trabajo y el ocio, etc... Paralelamente, ya no cabe duda que la estimación moral dada a la resignación, a la rebeldía, a las relaciones sexuales extramaritales, al respeto a la propiedad... es distinta.

Igualmente, es obvio que están cambiando los planteamientos éticos y los criterios con los que se abordan diferentes problemas. Antes se insistía mucho en el individuo, ahora en lo social. Se ha repetido hasta la náusea que hay que sustituir una moral tradicional de prohibiciones por una moral nueva de ideales y metas positivas; de una moral de actos a una moral de actitudes; de una moral de la ley a una moral de la conciencia; de una moral del sometimiento a una moral de reivindicación de los derechos propios; de una moral más objetiva a una moral más subjetiva; de lo que dice la tradición a lo que me dice la experiencia propia y los propios criterios...

Y para concluir, también ha cambiado nuestra misma vivencia del cambio. De un cambio convencido, optimista y gozoso, quizá debido a la inocencia con el que lo esperábamos, a un cambio escéptico cuando no pesimista; confuso y oscuro, al menos desconcertado, por las mismas vivencias que de estos cambios hemos tenido.

2.- Entendemos por modernización y proceso de modernidad el conjunto de transformaciones sociales y culturales que acompañan la tecnificación, la burocratización y la urbanización de la sociedad más reciente. La vida urbana, el constitucionalismo liberal y los cambios económicos y sociales que traen consigo la nueva industria son los cauces por los que se van generalizando los procesos de cambio que llamamos modernización.

En esta fe modernista, la historia camina hacia la mayoría de

edad de la humanidad; en ella el presente siempre supera el pasado y el futuro será mejor aún que el presente. Todos los problemas que confronta la humanidad se solucionarán más pronto que tarde desde que avancen un poquito más las ciencias y se generalice más la instrucción. Las servidumbres humanas naturales y sociales se superarán mediante el uso libre y público de la razón y el uso racional de la libertad. En consecuencia, la ética de la modernidad es ante todo la ética de los individuos que confían en la razón y exigen el derecho a ejercer su libertad. Esto supone un proceso de progresiva emancipación de la tradición, de la autoridad y los vínculos sociales más generalizados.

La herencia, la tradición y el estamento social en el que nacemos ya no serán factores determinantes de lo que puede llegar a ser un hombre. Uno es, simplemente, persona y como mucho, "con-ciudadano". Las diferencias entre hombre y mujer, por ejemplo, son relativizadas precisamente por lo que tienen de cultural y cualesquiera que sean, pasan a un segundo plano.

Quedan, en esta lógica de la modernidad, relativizados los llamados deberes de oficio y función que son sustituidos por un único y central deber: el de ser hombre y de dejar o propiciar —cuando esté a su alcance— que otros también lo sean. No hay privilegios o méritos adquiridos, pues todos somos iguales ante la ley, ante Dios, ante la sociedad y ante la vida. Si no lo somos, debemos luchar para que así sea proporcionando a todos las posibilidades, empezando por la educación.

De esta manera, el hombre moderno debe luchar por las minorías étnicas y raciales, por la emancipación de la mujer y la reincorporación de los envejecientes... La ética de la modernidad es en principio igualitaria, niveladora y homogenizadora. Dignidad no es sinónimo de rango dentro de una jerarquía, algo que unos tienen y otros no o que unos tienen más que otros. Dignidad es la característica universal de ser hombre. Tal como dice la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*: "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos...".

En consecuencia, hay una nueva visión del poder político y de su ejercicio. El régimen constitucional y representativo sólo tie-

ne sentido en cuanto se asume una sociedad de individuos libres y se entiende el orden político como un acuerdo, como un pacto social. El imperio de la ley debe poner coto a las arbitrariedades del poder político que sólo encuentra su legitimación en el pueblo votante mayoritariamente en las urnas y que debe orientar su quehacer a un programa elaborado según las necesidades, problemas y expectativas del pueblo.

En sintonía con toda esta visión, el sujeto moral se democratiza: cada sujeto moral, tiene los mismos derechos y deberes que cualquier otro. Se da por entendido que todo individuo adulto es o debe ser competente y soberano para las cuestiones éticas que la vida le plantee. Si antes había que escuchar a los que tenían la virtud de la justicia para saber qué era lo justo, ahora es justo el que practica la justicia conforme le dicta su propia conciencia y el juicio de la conciencia personal es inapelable. Su único límite es el que procede de reconocer igual valor y exigir igual respeto a las convicciones morales de los demás.

Esto no sólo conduce hacia el pluralismo, sino que lo afirma como un valor emanado de la libertad humana, su más precioso don. Por decirlo en otras palabras, ahora no sólo coexisten convicciones plurales en la mayoría de los temas, sino que se tiende a pensar que esta es la situación humanamente aceptable y no la anterior. De ahí parte la constatación de que hay muchas éticas en circulación y a ninguna se le da primacía o rango por encima de las otras. Es más, las éticas que aspiran al monopolio o la exclusividad inspiran desconfianza.

El ámbito en el que se despliegan de manera fundamental las ideas modernas de libertad e igualdad es en el económico. De ahí ha ido evolucionando lo que podríamos calificar como una "ética del bienestar" que se propone como meta la llamada "calidad de vida". El proceso de modernización nos ha permitido disfrutar de numerosos avances científicos y tecnológicos que mejoran las condiciones de vida de grandes estamentos de la población en general. Hay una mejora de la salud, un aumento de la esperanza de vida, una mayor cobertura de la protección y previsión social, etc...

La libertad, en la búsqueda de la propia felicidad se traduce en la búsqueda de la satisfacción de los deseos que cada uno tiene y que puede satisfacer adquiriendo productos del mercado o haciendo uso de los servicios que ofrece la sociedad. Esto, sin embargo, debemos enmarcarlo en las dos direcciones en las que la ética moderna se ha desplegado fecundamente: una ética teleológica y una ética deontológica.

La razón tecnológica que pone los conocimientos científicos y las nuevas tecnologías al servicio del dominio de la naturaleza en la producción industrial de bienes y servicios; y la razón burocrática que racionaliza los procesos sociales por el sometimiento a regulaciones legales. No sólo se trata de dos planteamientos metodológicos diferentes y de dos formas de argumentar, sino también de dos concepciones de la moral y del hombre. Para los deontólogos lo importante es una consideración de las acciones humanas por lo que son en sí mismas y por lo que significan para la igual dignidad de quienes las hacen y de aquellos a quienes afectan y para los teleólogos, el juicio de las acciones humanas se basa en lo que ellas contribuyen a la felicidad tanto del que las hace como de todos los demás ("la mayor felicidad del mayor número").

Las éticas deontológicas tienen su correspondencia social en el tema de los derechos humanos; mientras que las éticas teleológicas son el exponente teórico de la búsqueda del bienestar y la calidad de vida. Como pueden suponer, ambas éticas se complementan. Unos tienden a reivindicar los derechos humanos en clave de maximización de un bienestar ampliamente entendido, mientras que los otros no renuncian a defender el derecho que todos tienen de buscar la felicidad y la justicia con la que tienen que ser distribuidas las oportunidades de alcanzarla.

3.- Tal vez pudiera parecer a algunos que he presentado la modernidad en términos muy positivos. No veo nada de malo en ello; aunque debo reconocer, sin embargo, que esta visión sintética de la respuesta ética de la modernidad no cubre la totalidad de las alternativas que uno distingue a su alrededor. Hay éticas que surgen del rechazo o de los descontentos ante los procesos de la modernización.

La libertad de la que disfruta el hombre moderno ha sido y es en ocasiones una libertad "in-solidaria". Su ejercicio sin trabas ha propiciado el triunfo de los fuertes y los débiles han quedado en la cuneta. Tanto los triunfadores como los derrotados han tenido la libertad de quedarse solos y no saber qué hacer ni con quién compartir esa libertad. La masificación urbana está compuesta muchas veces de "muchedumbres solitarias", alienadas por el ejercicio de su propia libertad.

La razón tecnológica ha confundido la salud con el aumento de la cantidad de medicamentos y el acceso de todos a ellos; ha confundido el bienestar con el consumo; la seguridad con la eficiencia de los armamentos; y la comunicación eficiente con el acceso a los medios de comunicación.

Para la razón burocrática, lo razonable es lo previsible y regulable; es decir, lo controlado por las leyes, normas y procedimientos y por los funcionarios correspondientes. Porque, naturalmente, el imperio de la ley es el imperio de una ley administrada por funcionarios y en consecuencia, la racionalización de la vida social conlleva el crecimiento de la burocracia. Así, junto a la burocracia del Estado aparecen las paraestatales (empresas, sindicatos, partidos, iglesias, etc...) y definitivamente no-gubernamentales (sociedades, grupos culturales, etc...). Los llamados "poderes fácticos" son hoy, en gran medida, poderes corporativos y el Estado está solo aparentemente por encima de ellos. El orden social es resultante de una negociación permanente entre corporaciones que representan a veces a un sinnúmero de sociedades, sindicatos, empresas y grupos. El individuo se ve acogido, asistido y potenciado en las facetas en las que se ve representado por corporaciones de la sociedad civil. La sociedad deja de ser un espacio homogéneo en todo lo que vaya más allá de los términos de la negociación. El "ethos" individualista y universalista del ciudadano moderno podría estar dando paso a un "ethos corporativizado".

Porque lo más lamentable es que la modernización **no** ha logrado generalizar ni el bienestar, ni la igualdad, ni el respeto a los derechos humanos; por el contrario, se han agudizado las desigualdades entre el llamado "centro" y las "periferias". Se han agudizado las diferencias entre los que tienen trabajo y los que no lo

tienen; entre los que tienen tecnología y los que no la tienen; y en nuestro caso específico, entre los que están en condiciones de competir y los que no lo están...

No se puede negar que el bienestar está ahí... pero su acceso y su distribución han sido desiguales y limitados. Muchas veces lo han logrado unos a costa de los otros, ya que en lugar de satisfacer las necesidades básicas de todos, se orienta más a una oferta interesada que a una demanda razonable, profundizando de esta manera el costo social y en ocasiones, ambiental.

Es lógico suponer que ante esta incapacidad aparente de los modernos han surgido fuertes resistencias, movimientos de protesta, búsqueda de correctivos y alternativas. La última ola de estos movimientos sucesivos de rechazo a la modernidad ha sido llamado "postmodernidad", autoproclamada como el relevo generacional de la modernidad ya "envejeciente" en su liderazgo y decreciente en su empuje y creatividad. Pretende ser, en consecuencia, una renovación de las ideas y de la sensibilidad partiendo de lo logrado (bueno, regular o malo) por la modernidad.

Sin entrar en valoraciones de carácter moral, la postmodernidad se atreve a organizar jerárquicamente las situaciones sociales y culturas partiendo de la razón ilustrada; es por eso que para ellos hay culturas desarrolladas y culturas no-desarrolladas. Esta jerarquía tiene además un centro y una o más periferias.

En sus elaboraciones éticas, los postmodernos valoran más el presente que el futuro o el pasado, las relaciones de pertenencia grupal, local y hasta barrial, más que la nacional o universal; por ende, se valora más lo pequeño que lo grande, lo pasivo que lo activo, lo débil que lo fuerte. En otro orden de ideas, valoran más lo sentido que lo pensado o lo querido; lo espontáneo y fragmentario que lo global, elaborado y coherente.

De hecho, para la mayoría de los culturólogos, la postmodernidad no es una corriente de pensamiento, sino una segunda generación de modernos que habiendo aprendido en cabeza ajena, han corregido el rumbo, cambiado de preferencias o elaborado rectificaciones pertinentes a la modernidad. La modernidad es difícilmente detenible, porque los procesos de modernización no

van a desaparecer o a cambiar de paso y estancarse. No es que la modernización sea una ley inexorable del desarrollo de la humanidad, se trata simplemente que es muy difícil que los hombres no traten de buscar los logros que promete la técnica y los pueblos pobres no dejarán de tratar de parecerse a los países prósperos.

La fuerza dinamizadora viene un poco impuesta desde afuera y en parte asumida y expresamente buscada desde adentro. No es previsible que esto cambie, los altos niveles de bienestar seguirán esperándose y dependiendo de los avances tecnológicos y de la mejor utilización de los mismos. De esta razón de ser pocos pueblos del planeta escapan hoy en día.

Para muchos la lenta autodefinición a través de la última década de los que se ha llamado la economía neoliberalista le ha dado el sustento teórico de la que carecían anteriormente los capitales criollos con tendencias a internacionalizarse y que jugando con sabiduría sus cartas en la mesa de negociaciones, ha forzado finalmente a los Estados a tomar medidas no sólo francamente antipopulares sino hasta inconstitucionales.

4.- No quisiera concluir estas reflexiones sin una referencia especial al núcleo de todas las sociedades, la familia. No pretendo plantear qué y cómo ha cambiado la familia dominicana en las últimas décadas, aunque sí presentar algunos parámetros que pueden servir en el futuro para consideraciones de mayor complejidad y profundidad. Valga decir que por razones que ahora no vienen al caso, hemos tenido el privilegio de seguir con mucha atención esos cambios en las tres últimas décadas y que las ideas que proponemos a la consideración de todos son producto de un largo cavilar.

Quienes nacieron al final de la década de los cincuenta o en la década de los sesenta han tenido la dicha de crecer precisamente en el mayor período de expansión económica que ha conocido nuestro país. Sus padres ampliaron sus expectativas de bienestar y en la mayoría de los casos centraron sus empeños en que sus hijos no careciesen de lo que ellos habían carecido. Lo más importante, aprendieron juntos a consumir.

Los muchachos de esta generación crecieron con el televisor y muchos de ellos ni siquiera recuerdan que antes eran en blanco y negro. Es la primera generación que ha crecido en la era de los Medios Electrónicos de Comunicación Social. Esto los ha hecho ciudadanos de un mundo un poco más amplio y personas mejor informadas. También, más vulnerables a las seducciones y falacias de los medios y víctimas, en muchos casos, de la mayor de sus tentaciones, la de ser consumidores pasivos de ideas, modas, espectáculos, música, etc...

A esto debe sumarse un activo mercado de industrias culturales que aunque tuvieran en principio animadores de la categoría de la UNESCO, posteriormente se ha descubierto la garra peluda de las transnacionales de la información y de los amplios mercados del entretenimiento manejados indirectamente por ellas.

Por otra parte, no heredaron la democracia hecha, sino que padres e hijos sufrieron en carne propia y algunos fueron víctimas o protagonistas de un lento y violento proceso de conquistas a través de los Doce Años de Balaguer, los ocho años del PRD, la segunda vuelta del Doctor y finalmente, el actual régimen del PLD. Y aunque este es un conjunto de ideas muy complejo, permítaseme señalar solamente que esta generación y su relevo inmediato aprendieron política a través de la óptica de líderes y partidos, no de plataformas políticas o ideologías. Aprendieron también, ante cientos de casos ventilados públicamente de la venta de conciencias, que la vida política es corrupta y corruptora.

Crecieron en la era postconciliar y en el vertiginoso proceso de la liberalización religiosa. La religión moralizante del temor fue sustituida inicialmente por un compromiso religioso más positivo. A posteriori, la actitud generacional ha ido evolucionando a una perplejidad permisiva y muda que ha concluido por pensar que todo este asunto religioso es estrictamente personal y subjetivo, mostrándose alérgica a lo institucional y haciendo compatible la religión con altos grados de permisividad moral.

El pluralismo reinante ha permitido, por otra parte, ampliar la gama de ofertas religiosas que hoy en día florecen en donde quie-

ra y que cada día se hacen más fuertes en el arraigo de la ciudadanía que antes veía al "evangélico" como un personaje poco menos que de otro planeta. En los últimos años, inclusive, se han dado brotes de religiones demoníacas que aunque nos parezcan muy exóticas y en relación con fenómenos culturales muy claros, no dejan de constituir una tentación para el creyente de hoy.

Muchos de los padres de los jóvenes de hoy procedían de ambientes rurales o semi-rurales, en donde las tradiciones patriarcales ponían todo el control de la vida familiar en el "padre-esposo" que lo ejercía anclado fuertemente en su función como proveedor de la unidad familiar. Los sociólogos y psicólogos ahora nos señalan que esa generación nunca ha llegado a asimilar completamente la mentalidad urbana, ejerciendo una autoridad muy desvaída y tambaleante, ya que no estaba anclada en la posesión de la tierra sino en la eventual capacidad y empuje para sobrevivir en la competitiva selva urbana. Padres que no sólo han perdido el control de su hogar, inclusive hasta las ganas y la voluntad de hacerlo.

La rápida democratización de la enseñanza ha dado el golpe mortal a la estabilidad familiar al producirse el fenómeno muy corriente que el nivel de estudios de los jóvenes sea más alto que el de sus padres. Así, sus funciones como orientador, consejero o confidente han quedado poco menos que anuladas al carecer de la capacidad de entender los problemas nuevos que confrontan sus hijos y del nivel de conocimientos y referencias en el que se mueven ellos.

Si en la escuela hubieran encontrado esos colosos de sabiduría, y virtudes morales y ciudadanas que eran los maestros de principios de siglo, tal vez las cosas no hubieran parado en lo que han parado. En realidad, los pobres maestros fueron arrastrados por los mismos problemas de la modernidad que ya hemos referido. El prestigio de antaño quedó sepultado bajo el cansancio de la brega por la supervivencia, de los salarios bajísimos, los cursos excesivamente grandes, las dobles y hasta triples tandas, necesarias para completar un salario apenas digno.

Y ¿cuál es el resultante? Parece que el joven de hoy, sobre

todo de clase media, nacido y crecido en la modernidad, digamos de unos diecisiete o dieciocho años:

- a) Apenas lee y, en vez de ello, escucha música.
- b) Desconoce lo que podríamos llamar los placeres de la razón; es decir, está incapacitado para disfrutar intelectualmente; no siente ese puro y desinteresado deseo de conocer —¡bendita curiosidad!— que movía tan poderosamente a otras generaciones.
- c) La racionalidad es un padre represivo que exige una disciplina que no tiene el menor sentido.
- d) El continuado contacto físico puede hacernos crear la ilusión de que se comunican entre sí más allá de los estereotipos y de las palabras mismas. La amistad, sin embargo, descansa sobre las bases de convicciones compartidas a las que sólo se llega intercambiando, conversando. La música y el ruido hacen eso imposible.
- e) Valora el bienestar personal, la salud, un equilibrio entre libertad e igualdad, ama el ocio y apenas soporta el trabajo.
- f) Aprecia la democracia pluralista, comparte plenamente los derechos humanos y la solución negociada de los conflictos.

¿Cuál es entonces la clave? Es una generación blanda. Son muchachos "buenos" y nada más. Nada en la vida ha sido difícil o costoso para ellos. Son agradables, amables, simpáticos, no especialmente interesados o ambiciosos. Miran las problemáticas morales que a nosotros nos atormentan con ironía. Tal como me decía una joven a principios del pasado semestre y luego de dos horas de discusión acerca del feminismo: "Y ¡qué tanta vaina...!" Quizás como queriendo decir: "Está bien, está bien, pero no pierdas tanto aliento en eso que no vale la pena..."

La clave de la generación es entonces una sola: la indiferencia, a la que tanto las escuelas como las universidades deben ver como el punto álgido en la mira de toda estrategia. El asunto no se limita a la presentación o promoción de los clásicos valores del

cristianismo o de la democracia representativa en una forma nueva y atractiva, hay que buscar primero la forma de sensibilizar, de ablandar, de hacer receptivos esos espíritus acartonados, indiferentes e insensibles, para luego ofertarles una misión y metas vitales que transformen su horizonte y visión de la vida.